

## EL LIMBO

El sol aquel día no era redondo. No habría sabido decir si tenía forma de octógono o de dodecágono pues, al intentar contemplarlo, se encerraba ardiente en mis ojos para quedarse allí culebreando durante el resto del día, hasta que por la noche escapaba al fin en forma de líquido cálido por el lagrimal. Una vez que la barca casi hubo circundado la ciudad, se despegó hacia las aguas abiertas y, en el silencio creciente de la distancia, los ronquidos monótonos del motor devoraron nuestras palabras tenues, susurros apenas, relatando acontecidos intrascendentes. El islote de Cimitiero se divisaba pequeño aún, como una caja de cipreses, cuando desembocamos sobre la estela de aquella barca lenta y luctuosa que no llamó nuestra atención hasta posarse sobre el embarcadero donde la aguardaban, semejantes a un bando de cornejas, varias mujeres con las cabezas arrebujadas en pañuelos negros. Una vez que los hombres a bordo hubieron desembarcado el ataúd, comenzaron a entonar un canto denso que fue decreciendo junto a todos ellos, hasta que llegaron a desaparecer al otro lado de los portones. Sólo entonces aquel Caronte casi adolescente osó virar su barca y se alejó raudo hacia la ciudad, permitiendo que la nuestra atracase para, una vez que hubimos descendido, reiterar aquella misma maniobra por el precio de otro óbolo. Hacía un calor silencioso y el camposanto se mostraba desierto, como si el cortejo fúnebre de unos instantes atrás jamás hubiera arribado a él. Recorrimos varias calles sin propósito alguno, deteniéndonos en ocasiones a leer algunos nombres y fechas sin llegar a pronunciarlos en voz alta, como si aquello hubiera podido de nuevo dotarles de existencia. La profusión de flores, la mayor parte de ellas falsas pero coloridas sobre las piedras, confería al lugar una alegría fortuita y le dije a Alexander, rompiendo el sigilo caliginoso que hasta ese momento lo envolvía todo, que los cementerios son los únicos lugares que me hacen tomar conciencia de que continúo

estando viva. No respondió nada, sacó de la bolsa de celofán el colosal racimo de uvas que habíamos comprado en Corso Garibaldi y lo lavó en una fuente baja, cuyo grifo de bronce emitió al abrirlo una lamentación oxidada. Supuse que aquella alborozada columna de agua habría de conferir a la fruta un regusto melancólico y, quizás por ello, quizás porque Alexander rozaba mis labios con sus dedos cada vez que me daba a comer una de las lúcidas esferas verdes, tuve la sensación de que aquel alimento tenía algo de pecaminoso. Una vez que las hubo arrancado todas, persistió durante largo tiempo sosteniendo el esqueleto triste con multitud de brazos desnudos, en un gesto temeroso de entregarlo, como todo lo demás en aquel enclave, a la tierra. Un claustro con losas cinceladas de epitafios apenas descifrables antecedió a la iglesia, de cuya puerta escapaba una frescura oscura que no logró atraer nuestra curiosidad tanto como la recoleta portilla abierta a un extremo de la fachada, a través de la cual tan sólo se atisbaba el trazo horizontal que separaba el añil estival del cielo del azul rizado del Adriático. El lugar finalizaba al otro lado de su umbral, excepto por una levísima explanada sobre la que se mecían cíclicas las aguas, dejando al descubierto la piedra bruñida en ocasiones, cubriéndola de una húmeda inexistencia otras. Adosada al muro en aquella periferia exterior había una bancada leve, construida con losas sobrantes y por ello disparejas, sobre la que nos sentamos en la intención de reposar unos breves instantes antes de afrontar el regreso, de desandar los pedregosos senderos que separaban los sepulcros y aguardar hasta el paso oleaginoso de otro barco en el que tornar. Sin mediar palabra, como si nunca hubiéramos llegado a conocernos, permanecimos en aquel lugar ondulado el resto del día, tratando de descifrar el enigma mojado del horizonte hasta que unos cirros morados ensuciaron el firmamento y un fraile franciscano se asomó para decirnos que había llegado la hora de cerrar.

\*

Me arrebujé agitadamente entre la colcha y, al sentir que los pies quedaban al descubierto como si de dos secretos fríos se tratase, me pregunté qué aspecto habría tenido Alexander si hubiera ido al limbo. Lo imaginé el día de su bautismo, una mañana tibia a finales de marzo en una población pequeña al norte cuyo nombre concreto jamás llegué a conocer. Junto a la cuna donde dormía sosegado, con la misma respiración lenta con que ahora lo hacía a mi lado, colgaban unos ropajes pequeños y blancos, restallados de puntillas. La luz que se filtraba polvorosa entre las rendijas de los cuarterones apenas conseguía iluminar la habitación y el niño era un bulto plácido y suave como una colina bajo la manta. La puerta masculló un sonido ininteligible cuando la madre la abrió arrojando un sol violento al interior de la alcoba, a la que una diagonal dividió en una mitad amarilla y otra apagada, casi inexistente. Los barrotes de la cuna se arrojaron al suelo dibujando sus sombras largas y Alexander persistió recostado boca abajo con su rosáceo gesto redondeado. La madre descolgó el traje de bautismo y lo posó yacente sobre la cómoda mientras ensoñaba los acontecimientos que traería el resto del día, el repiqueteo cálido de las campanas, la merienda al borde del lago y los manteles cubriendo la hierba con sus cuadrados de nieve. Se quedó después durante un tiempo impreciso contemplando la quietud del niño hasta que el carillón del pasillo dio los cuartos y aquel eco metálico la libertó del ensimismamiento. Acarició livianamente con el dedo índice una de aquellas manos diminutas que se habían quedado frías y, al voltear el leve cuerpo para levantarlo, los bracitos permanecieron erguidos junto a la cabeza, las piernas rígidas, el rostro gélido y lo dejó caer con un sollozo rasgado. Bajó sin precipitación a la cocina, buscó las sobras del tinte negro que quedaron tras el luto por su padre, las vertió como una lluvia triste sobre un puchero de agua que puso a hervir y sumergió después el breve atuendo, el faldón, el

reducido gorro, la toquilla, hasta que se fundieron con el bruno líquido borbotante. Alexander, cuya respiración había dejado de sonar sobre el silencio caliginoso de la siesta, viró su cuerpo hacia mí en busca de la colcha usurpada, encadenó mis piernas entre las suyas y me susurró una breve frase al oído. Le respondí, con una voz que se me antojó ajena, que yo también le quería.

\*

Cuando abandonamos la habitación, la luna, antes esférica y nacarada, ya se había disuelto en el agua opaca de los canales. Apenas sabía nada sobre Alexander. Al cumplirse un mes de nuestro primer encuentro habíamos contraído matrimonio y emprendido después un viaje sin premeditación hacia aquella ciudad que tan sólo era bella de noche. En la oscuridad, las callejas se quedaban finalmente solitarias y nuestros paseos, que no pretendían llegar a lugar alguno, redoblaban sobre el relente melancólico de los adoquines. A menudo nos deteníamos encima del alma hueca de los puentes y, cuando las aguas, hastiadas de transcurrir, se quedaban detenidas bajo nosotros, Alexander tarareaba con su voz densa el Presto del *Verano* de Vivaldi. Yo cerraba entonces los ojos con la intención de sentir la brisa imprecisa que aquella música producía y mis evocaciones seguían contemplando la reposada negrura de aquellas calles líquidas y la calma empedrada de las plazas. Mi favorita era la Piazza Zaccaria, un islote de niños que en las mañanas tenían un aspecto afligido sobre los bancos, estáticos como tenues esculturas sin juegos ni bullicios bajo el sol. Conjeturaba como el limbo tendría el mismo aspecto que aquella plaza apesadumbrada e imaginaba a Alexander con una existencia menuda que yo no había llegado a conocer bajo una de las lápidas brevísimas descubiertas al deambular por el cementerio aquella

misma mañana en la sección del mismo destinada únicamente a los infantes que habían muerto sin recibir el sacramento del bautismo. Alexander Farkas. Veintisiete de febrero de mil novecientos sesenta y seis. Veintiocho de marzo de mil novecientos sesenta y siete. La escritura dorada cubría la práctica totalidad del reducido rectángulo de mármol a uno de cuyos costados se recostaba un ramo de lilas disecadas. Cuando cesó su quimérico canto deslicé mi mano por la baranda del puente en busca de la suya siempre cálida y dibujada por un arabesco de venas. Al no hallarla abrí los ojos, la ciudad se había quedado atrozmente vacía y a mi lado tan sólo permanecía el aire espeso y silente de la media noche. Me apresuré a doblar en la siguiente esquina esperando atisbar la silueta enlutada de Alexander y, sin embargo, aquel primer callejón tan sólo ocultaba las campanadas cóncavas de una torre cercana. Recorrí azorada las callejuelas próximas y después aquellas otras más retiradas, torné al hotel y aguardé su regreso, volví a salir de nuevo, retorné a la habitación donde él habría de volver tarde o temprano y me arrojé una vez más a la noche que lo escondía en alguno de sus pliegues negros. Cuando finalmente, inducida por la frescura afilada de la aurora, me decidí a denunciar su desaparición, descubrí algo que en un primer momento me llenó de perplejidad, de enojo después y hubo de llevarme más tarde a lamentar mi ingenuidad para siempre. Yo había sido su sexta esposa.